

IMÁGENES E HISTORIAS

TEXTO: JOSÉ JAVIER GÓMEZ ARROYO

'La Paca'

Antonia Sañudo fue una pasiega muy popular por su desequilibrio mental, pero aun en su imaginario mundo fue astuta para sacarle un duro al rey de España

Si hubo una persona pintoresca entre los pasiegos de Vega de Pas en el intermedio de finales del siglo XIX y principios del siglo XX fue 'La Paca', mujer que no presentaba plenas facultades mentales para ser capaz de regir conscientemente en el mundo en el que vivía y que tan siquiera tuvo autonomía para tomar decisiones consecuentes, pero que sin embargo supo ganarse el cariño y respeto de sus convecinos en una época en que el desprecio y las bur-las iban dirigidas a los más débiles intelectualmente hablando y de la cual, por desgracia, algunos auténticos tarados todavía no se han liberado. Fue intérprete de varias anécdotas, entre ellas la de haber tenido el atrevimiento y la picardía de exigirle al rey de España, don Alfonso XIII, el pago de un duro por entrar en su ilusorio feudo durante una de sus habituales visitas a la villa para pescar en el río Pas y que, para las generaciones del euro, recordaremos que era la denominación informal con que se bautizó a la moneda de cinco pesetas y que en aquellos tiempos significaba el equivalente al jornal de un obrero. Fue igualmente protagonista de una reseña en la revista 'la Montaña' en el año 1930, bajo la pluma del articulista y conferenciante Luis Polo Martínez-Conde y crónica que posteriormente rescató el célebre historiador Adriano García-Lomas en su magno estudio sobre los pasiegos en 1960 y que decía: «Para que hubiera una pedigüeña en las villas pasiegas, tuvo que recaer en persona no en sus cabales: la popular 'Paca', no de gran estatura, de ojos alegres y vivos y hablar atropellado y pasiego, puro y neto; demandaba limosna de cuantos forasteros y naturales del país, ausentes largo tiempo, llegaban a la plaza del Dr. Madrazo o paraban sus carruajes en ella o se apeaban de ellos. Era la encargada de cobrar lo que pudiéramos llamar derecho de visita, del que no se libró ni el mismísimo Alfonso XIII, que la entregó un duro por más señas; y si su ilustración se hubiese hallado al nivel de su desequilibrio mental, no le daría ella otro nombre, ya que su locura la hacía creerse señora del valle entero, con fincas y ganados». (Revista La Montaña, octubre de 1930).

Su figura quedó inmortalizada en esta única fotografía que aquí presentamos, imagen tan pobre como su vida, pero donde halló la libertad de la soledad y la seguri-



Antonia Sañudo Gamboa, 'La Paca', en una fotografía del libro Los Pasiegos, de Adriano García-Lomas.

dad de no ser comprendida, porque la Paca prefirió la ilusión a la realidad y, aunque la sensación de la existencia seguro que siempre permaneció en ella, quizá tan solo esperaba a que despertase, pero en cualquier caso y de ser así, tampoco hubiera sido consciente de ello. Antonia Sañudo Gamboa, que ese

fue su verdadero nombre, cuentan que acostumbraba a bañarse en el río Yera de su barrio en la villa todos los días, verano e invierno, quien sabe si para gozar de ese vínculo fascinante entre la genialidad y la locura con una acción, quizá excéntrica, pero no exenta de razón y que también practicaban

mentes tan lúcidas como el científico Benjamín Franklin, que nada-ba en las gélidas aguas del Támesis o el presidente de los Estados Unidos Theodore Roosevelt, que hacía lo propio en el río Potomac cada mañana durante el invierno, porque quizá todos ellos también sabían que ya mucho antes el sabio

Hipócrates dijo que el agua fría ayudaba a combatir la 'lasitud mental'.

Fue madre de cinco hijos a los que algún desaprensivo, muy macho y poco hombre, no quiso reconocer y de los que el propio Luis Polo Martínez-Conde en su relato nos recordaba que, además de ser buenos y honrados ciudadanos, «alguno de ellos la llevó consigo para proporcionarle el descanso que por su edad merecía; pero su carácter libre e independiente y el amor a su pueblo, la hicieron otear la carretera, y la Paca salió de Madrid sin nada, andando y recorriendo en veinte días de viaje el trayecto a base de limosnas. Llegó a La Vega con júbilo de los vecinos, que añoraban su falta, y con alegría de reina entró en posesión de sus dominios. Su fortaleza era cual la del roble, porque los frios, nevadas, lluvias y orilladas que sufrió a pie firme y derecha hacia la Plaza, desde Yera, donde tenía su cabaña, fueron tantos, que no se concebía cómo no la habían quitado de este mundo. Pero su naturaleza era de hierro, como su voluntad y su espíritu de raza, tan amante de la independencia, que aún teniendo comodidades, como las que dejó en casa de sus hijos, prefirió las mojaduras y frios de La Vega». (Revista La Montaña, 1930) En sesión de 28 de abril de 1907 el ayuntamiento de su villa, a petición de sus vecinos, la declaró pobre de solemnidad con derecho a asistencia gratuita de médico y farmacia. El propio periodista que relató su vida fue testigo de aquel cariño que los pasiegos sintieron por ella: «Los vecinos de todo el valle del Pas la endulzaron la vida, pues la mantuvieron en la creencia de que todo era suyo, siendo, en su desgracia, feliz». (Op. Cit.).

Desafortunadamente las enfermedades mentales son a menudo vistas bajo un prisma negativo, aunque al menos la de esta humilde y buena mujer fue interpretada por sus convecinos y por el propio escritor Luis Polo con la dignidad y respeto que merecía, haciendo énfasis en su bondad y en la habilidad que demostró al sacarle un duro ni más ni menos que al rey de España y valorando así su persona en lugar de su discapacidad. Espero que así mismo entiendan esta nueva memoria que aquí se rescata, porque Antonia Sañudo Gamboa, 'La Paca', es hoy como esa estrella lejana que centellea en la noche y que quizá ya se extinguió hace mucho tiempo, pero que sin embargo y ante nuestro recuerdo, sigue brillando siempre.